





Reflexiones sobre la enseñanza de las ciencias sociales en el posconflicto

Reflections on the teaching of social sciences in post-conflict

F. Recibido: abril 22 de 2016

F. Aceptación: mayo 27 de 2016

DAVID G. HURTADO ARANGO*
dhurtadoarango@gmail.com
dhurtado@colegiohispano.edu.co

Resumen

En el siguiente artículo se realiza una reflexión en torno al papel de las ciencias sociales en el posconflicto. La primera parte plantea unas observaciones generales sobre la función que cumplieron las ciencias sociales desde su labor pedagógica en las últimas décadas del siglo XX y cómo éstas contribuyeron en la formación de un proyecto de ciudadano pasivo y poco consciente de sus derechos y deberes en y para el territorio. En la segunda parte del artículo, se proponen cuatro referentes desde los cuales consideramos se debe reflexionar en torno al quehacer pedagógico de las ciencias sociales en los próximos años.

Palabras claves

Ciencias sociales, posconflicto, pedagogía, ciudadanía, territorio, pasado, saber, vida.

* Historiador de la Universidad del Cauca, profesor del Departamento de Ciencias Sociales del Colegio Hispanoamericano de Santiago de Cali.

Abstract

In the following article a reflection on the role of social sciences in the post-conflict is made. The first part presents some general comments on the role that met the social sciences from their teaching in the last decades of the twentieth century and how they contributed to the formation of citizen who is passive and little aware of their rights and duties in and for the territory. In the second part of the article, four references from which we consider should reflect on the pedagogical work of the social sciences in the coming years are proposed.

Keywords

Social sciences, post-conflict, pedagogy, citizenship, territory, past, knowledge, life.

Enseñar las ciencias sociales es viajar por las dinámicas que atraviesan las múltiples relaciones humanas en la actualidad, es caminar por los delgados hilos que tejen el tapete del presente, es reflexionar sobre diferentes opciones para asumir la incertidumbre del futuro, es ser, conscientes de todo aquello que hemos sido y de lo que podríamos llegar a ser.

El enfoque amplio de las ciencias sociales no debe hacernos olvidar de sus disciplinas y la importancia de ellas en la formación de los ciudadanos. La historia, la política, la geografía y la economía, entre otras, nos brindan diferentes herramientas para interpretar el mundo en el que vivimos y comprendernos en él, aceptando que, la realidad está mediada por fuerzas

de poder que inciden en la visión de mundo que el sujeto se forma y que se transmiten en nuestra cotidianidad de manera imperceptible; de este modo, es preciso pensar la enseñanza de las ciencias sociales como la posibilidad de introducir a nuestros estudiantes en el complejo proceso que significa redescubrir mundos, romper el oscuro telón que durante años se han formado, renaciendo en la conciencia de que existen múltiples posibilidades de ser y de estar en el territorio que habitamos.

Ahora bien, ¿cómo adentrarnos en este viaje a través de nosotros para buscar interpretaciones que enriquezcan el mundo y brinden posibles soluciones a las vicisitudes del presente? En este sentido, ¿tiene la pedagogía algo que decir al

respecto? ¿Cómo influye el presente y sus fuerzas en la construcción de esas interpretaciones?

En el contexto del posconflicto¹, término que utilizaremos para designar el hipotético período en la historia de Colombia que reemplazará a la confrontación político-armada que ha vivido Colombia en los últimos cincuenta años, se ve como una necesidad la renovación de la enseñanza de las ciencias sociales porque se hace necesario la construcción de un ciudadano apto para la paz y consciente de su importancia, que tenga las capacidades sociales que exige el momento histórico; esto es, que pueda vivir en comunidad respetando las diferencias, que asuma su rol de ciudadano e identifique claramente sus derechos y deberes.

1. En este artículo asumimos la definición de la Fundación para las relaciones internacionales y el diálogo exterior (FRIDE) sobre el posconflicto, del que dice: "período de tiempo en el cual las hostilidades del pasado se han reducido al nivel necesario para que las actividades de reintegración y rehabilitación se puedan iniciar" ver: FRIDE, *El posconflicto bajo el prisma de las víctimas*. 2006, No. 2. pp. 1-2.



No pocos afirmarán hasta aquí que estos objetivos se han buscado en Colombia desde los planes educativos de la segunda década del siglo XIX con la reforma de Santander y que el objetivo de la educación es la formación de ciudadanía; sin embargo, debe precisarse que la emergencia, el resurgimiento de estos ideales u objetivos en la actualidad, marcan una nueva conceptualización de la ciudadanía y al tiempo, el fracaso de las políticas educativas que no pudieron crear las condiciones sociales valorando al ciudadano como el objeto central de sus empresas.

Así pues, la educación en Colombia, con su conjunto de carencias, no ha logrado ayudar a la construcción de un sujeto que se caracterice por ejercer su ciudadanía de manera libre y espontánea, al contrario, ha contribuido, de manera eficaz y premeditada, a la pauperización del concepto de ciudadanía y con ello, al mantenimiento de un orden del que solo muy pocos se benefician. Es aquí donde la enseñanza de las ciencias sociales debe cumplir su principal función en el posconflicto; esto es, resignificando la ciudadanía y retomando su significado, entendiendo ello como la posibilidad de construir una so-

La educación en Colombia, con su conjunto de carencias, no ha logrado ayudar a la construcción de un sujeto que se caracterice por ejercer su ciudadanía de manera libre y espontánea

ciudad auténticamente pluralista, democrática y libre.

A continuación nos centraremos en una de las disciplinas de las ciencias sociales y en el reto que supone su enseñanza en el contexto del posconflicto. Antes, es necesario plantear el estado de cosas con el que se enfrentó la disciplina durante el siglo XX y en el cual fue formada gran parte de las generaciones que hoy lideran los procesos de transformación y cambio en la educación colombiana.

La enseñanza de las ciencias sociales en el siglo XX

Con frecuencia, los educadores de las ciencias sociales nos encontramos con preguntas referentes a nuestra labor académica, con cuestionamientos sobre la impor-

tancia de lo que enseñamos, con interrogantes respecto a la utilidad que nuestra disciplina aporta en la sociedad actual. La pregunta ¿para qué sirve la historia? que debo confesar nos ha causado malestar, es una muestra fehaciente del estado del saber y de la poca valoración que los planes educativos y la sociedad en general han tenido por el conocimiento histórico; pero, no es para sorprendernos por el aparente nivel de desconocimiento que se manifiesta en dicha pregunta, todo lo contrario, como representantes de las ciencias sociales, debemos tomar cuenta del contexto en el cual ha sido construida y recordar que lo que preguntamos está, en buena medida, determinado por fuerzas que escapan a la conciencia de la mayoría y que responden a intereses de sectores que durante años han mantenido el control del saber² para enfocarlo en su proyecto de sociedad.

El contexto educativo en el que la pregunta emerge, es el de la enseñanza de la historia como el producto de un discurso atiborrado de fechas y personajes, de acontecimientos y datos, de un abuso sistemático de la memoria en desmedro de la capacidad de interpretar, de crear, de comprender. La repetición

2. En este sentido es preciso recordar a Foucault con sus reflexiones sobre el saber en el que la verdad y el poder que genera su uso, construyen efectos de realidad que intervienen en los sujetos. *“La verdad es de este mundo; se produce en él gracias a múltiples coacciones. Y detenta en él efectos regulados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su ‘política general’ de la verdad: es decir, los tipos de discurso que acoge y hace funcionar como verdaderos o falsos, el modo como se sancionan unos y otros; las técnicas y los procedimientos que están valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de quienes están a cargo de decir lo que funciona como verdadero”* ver FOUCAULT, Michel, (2000): Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones, Madrid, Alianza Editorial, p. 11.

El conocimiento histórico entendido como el almacenamiento sistemático de fechas, personajes, lugares y datos en general, asumió durante el siglo XX el devenir de la historia como algo dado y acabado, como si ese siglo representara el límite del desarrollo humano.

de este discurso conllevó al adoctrinamiento de los sujetos y a la formación de ideologías nacionalistas, que lejos de dar respuestas a las necesidades de los tiempos, proyectaban la imagen inmaculada y heroica de un pasado lleno de gloria. Ello significaba el estudio de un pasado muerto que solo encontraba validez en el presente a partir de los lazos nostálgicos con los que se amarraba al recuerdo, a la memoria. Historia frágil, apta para el bello arte de la erudición y los crucigramas, pero deficiente para el desarrollo de competencias de pensamiento que nos permitan interpretar la realidad como el resultado de diferentes discursos y prácticas en diferentes tiempos y lugares.

El conocimiento histórico, en este caso, entendido como el almacenamiento sistemático de fechas, personajes, lugares y datos en general, asumió durante el siglo XX el devenir de la historia como algo dado y acabado, como si ese siglo representara el límite del desarrollo humano, imagen que fue reforzada en el imaginario colectivo con los acontecimientos políticos y tecnológicos de finales de siglo y que sin duda encontró su voz más altisonante en el libro de Francis

Fukuyama, *“El fin de la historia y el último hombre”*.³

Este tipo de conocimiento histórico conceptualizó la historia como el producto fundamental de la burguesía criolla en donde las demás expresiones sociales nunca encontraron eco y mucho menos debate académico; ¿qué se iba a discutir algo que ya estaba dado y que simplemente había que impartir a través de un manual de historia en las aulas?, ¿qué necesidad había de pensar en la organización del territorio si esa había sido la tarea de los próceres y de quienes continuaron con su legado histórico?, ¿qué necesidad de pensar en la ciudadanía si ella se agotaba en las buenas formas y en la obediencia a Dios y la ley?, ¿qué necesidad de pensar en los fenómenos históricos si ellos no se podían modificar y hacían parte de ese pasado lejano y muerto, del que solo se conocían los nombres, las fechas y los lugares? Así pues, el objeto de la historia estaba por fuera de la vida y con él la enseñanza de la historia. Varias generaciones se formaron la idea, en realidad, siguiendo a Foucault⁴, les normalizaron la idea de que la historia era algo secundario a sus necesidades cotidianas y que el conocimiento

3. Fukuyama afirma *“en el fin de la historia no es necesario que todas las sociedades se conviertan en exitosas sociedades liberales sino que terminen sus pretensiones ideológicas de representar diferentes y más altas formas de la sociedad humana”* ver revista FACETAS, No. 3, 1990, pp. 8 - 13

4. *“el poder se incardina en el interior de los hombres, realiza una vigilancia y una transformación permanente, actúa aún antes de nacer y después de la muerte, controla la voluntad y el pensamiento en un proceso intenso y extenso de normalización en el que los individuos son numerados y controlados”* FOUCAULT, Michael, (1984): *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Bogotá, Siglo XXI.



de ésta no era determinante en sus proyectos de vida, en la manera de relacionarse con su entorno, con los otros. Esta historia alejada de la realidad y de la vida es el contexto del cual emergen las preguntas que tanto nos molestan en la actualidad; sin embargo, lo que debería molestartos y mucho, es que los principales promotores de este contexto, los que se encargan de reproducir ese saber-poder y por lo tanto esas preguntas, hemos sido los mismos maestros.

Por ello, en esta tradición educativa el pasado y presente se han visto como dos entidades de tiempo antagónicas; sin relación dependiente, el pasado solo llega a la realidad de los estudiantes en el discurso del maestro, que en el mejor de los casos está ideologizado, y éste no asume un comportamiento crítico-propositivo, navegando en compañía de sus tripulantes en el océano de historias sin rumbo definido. Así, el conocimiento histórico pierde su objetivo, o realmente adquiere el sentido que han querido quienes pretenden conservar la ahistoricidad de la sociedad y con ella la pérdida de sentido histórico de los ciudadanos, la capacidad de pensar el presente comprendiendo las dinámicas que le dieron forma.

Lo que podría llamarse ciudadano en este contexto, no es más que

El pasado y presente se han visto como dos entidades de tiempo antagónicas; sin relación dependiente, el pasado solo llega a la realidad de los estudiantes en el discurso del maestro, que en el mejor de los casos está ideologizado, y éste no asume un comportamiento crítico-propositivo.

el producto de un modelo educativo construido para la amnesia, para el olvido del papel fundamental de los ciudadanos en la construcción de las realidades, para la formación de sujetos que respondan a estímulos y con ellos asistan al espectáculo de la vida contemporánea donde las actividades se reducen a las nobles gestas del mercado global que no requiere de interpretaciones ni conciencia de la historia, pero si la iniciativa “auténtica” y “democrática”, según los cantores del neoliberalismo, para decidir sobre las mejores opciones que aseguren una vida “cómoda” y “digna”. No importa por lo tanto las implicaciones sociales de sus acciones, menos la responsabilidad ambiental o la dignidad humana; importa sí la apariencia,

la pose en la foto para que ésta sea reproducida miles de veces en las redes sociales, sustentando con ello que el sueño de los ilustrados del siglo XVIII se ha hecho realidad, la felicidad fue posible y el consumo es su camino.

Más que un ciudadano, lo que este modelo educativo contribuyó a formar fue al consumidor indómito que pulula en la sociedad contemporánea, lo que comprueba que la tarea y los objetivos que se propusieron fueron realizados con cierto éxito. El sueño ajeno de las élites criollas nacionales que se impuso a nivel internacional en las últimas décadas del siglo XX y que exigía preparar los mercados del mundo para la irrupción de los productos de las metrópolis en cualquier sociedad, contó con el apoyo irrestricto de los gobiernos americanos y donde no contaba con ese apoyo, el poder militar entrenado por los intereses neocoloniales interfería abiertamente en la política local desmontando gobiernos democráticamente elegidos y montando dictaduras militares afines a los objetivos de los intereses transnacionales.

A este ciudadano pasivo pero activo consumidor, el pasado le viene de algo externo a su realidad, de algo ajeno a su vida. Al consumidor lo moviliza el deseo de consumir y para ello no hay necesidad alguna

de pensar el territorio y las múltiples relaciones que en este se dan; hay libertades, sí, pero éstas se agotan en la posibilidad de elegir una u otra; cuando el consumidor quiere reaccionar a esa lógica que lo aferra imperceptiblemente a los intereses ajenos pero meticulosamente inoculados en él, inmediatamente la misma sociedad se encarga de recordarle que es necesario para mantener el orden y que intentar salir de ese lugar simbólico es una decisión equívoca. El aislamiento social como estrategia de control se cierne contra aquel, los improperios no faltan y la estigmatización, cuando no la violencia física, terminan derrumbando el breve atisbo de conciencia que parecía germinar en el sujeto.

En términos generales, lo descrito hasta aquí resume el contexto de las últimas décadas en Colombia con respecto a la enseñanza de las ciencias sociales y el sujeto que esta práctica ha contribuido a formar. Ahora bien, ¿qué elementos se deben tener presentes para el reto de enseñar las ciencias sociales en el posconflicto?

Referentes para la enseñanza de las ciencias sociales en el posconflicto

En el contexto del posconflicto, consideramos que la enseñanza de

De nada servirá el conocimiento de datos, fechas y personajes, esas nociones deben ser secundarias frente a la noble labor de introducir a los ciudadanos en formación en el análisis e interpretación de sus realidades actuales desde el pasado.

las ciencias sociales debe asumir la necesidad de repensar su quehacer en una sociedad que se enfrenta a nuevos retos; esto es, debe replantear conceptos que históricamente han estado al margen de su accionar a pesar de su importancia en la construcción de una sociedad democrática, conformada por ciudadanos participativos y conscientes que tengan la capacidad de asumir verdaderas responsabilidades con su territorio. En este sentido, proponemos una revisión en cuatro escenarios directamente relacionados: 1. La importancia del pasado; 2. La noción de ciudadano; 3. El concepto de territorio; 4. La educación para la vida.

1. La importancia del pasado

Partamos de la siguiente premisa, *nuestro presente como sociedad*

es la suma de todo lo que hemos sido; de allí que el estudio del pasado solo obtiene su sentido en la medida que nos ayude a comprender nuestra realidad, nuestro presente. El pasado tiene las claves, las líneas rectoras, de las dinámicas sociales, políticas, económicas, culturales y ambientales de la actualidad, por ello, comprender esas determinaciones parciales es fundamental para asumir una postura consciente de nuestro rol en la sociedad contemporánea. Sin el pasado, el presente es vacío y absurdo, solo un juego de azar en el que la suerte u otras entidades metafísicas nos dan todo acabado y construido, donde nuestro papel de ciudadanos no es activo.

En este sentido, el papel de la enseñanza de las ciencias sociales debe asumir esta premisa como eje rector de su labor. El desarrollo de competencias sociales debe comprender esta relación con el pasado para poder incluir al ciudadano que desea formar en las lógicas que le han dado forma. El enfoque de su enseñanza, cualquiera que ella sea, se construirá a partir de la importancia de reconocer el hoy como el producto de múltiples fuerzas que han estructurado las bases del presente. De nada servirá el conocimiento de datos, fechas y personajes, esas nociones deben ser secundarias frente a la noble labor



de introducir a los ciudadanos en formación en el análisis e interpretación de sus realidades actuales desde el pasado. Así las cosas, todo contenido, todo proyecto, solo encontrará sentido para los estudiantes si y solo si, tenga aplicabilidad en la realidad social de nuestros estudiantes. El conflicto, sus causas y sus desarrollos, deben ser comprendidos en un sentido histórico, es decir, no como algo dado o contingente, sino, como un fenómeno que responde a múltiples causas y en el cual han participado diferentes actores, tanto a nivel nacional como internacional.

2. El ciudadano

Esta categoría es central en la enseñanza de las ciencias sociales, pues de la noción que se tenga de esta, depende el tipo de formación que se pretenda construir con el sujeto. La descripción planteada en la primera parte de este artículo mostró cómo la noción de ciudadano durante el siglo XX estuvo marcada por la falta de reconocimiento de sus capacidades, en la medida que lo presentó como un “ciudadano” pasivo a quien le estaban preestablecidas las funciones en la sociedad y cuyo último fin era la felicidad a través del consumo.

En el posconflicto, la idea de ciudadano debe transformarse y la

enseñanza de las ciencias sociales debe contribuir a crear ciudadanos activos, conocedores de sus derechos y deberes, pero también innovadores en las soluciones que requieren los retos del presente. En este sentido, las ciencias sociales deben contribuir en la formación de ciudadanos conscientes, partícipes y constructores de las realidades sociales, que asuman un compromiso activo con la sociedad, el territorio y la democracia. Este nuevo período de la historia de Colombia requiere de ciudadanos despiertos, inquietos y, sobre todo, conscientes del papel decisivo que tienen las sociedades en el devenir histórico de los Estados.

3. El territorio

Esta categoría es transversal a todas las áreas del conocimiento y en el caso de las ciencias sociales se convierte en uno de sus objetos centrales de estudio. El concepto de territorio y su estudio con las disciplinas de las ciencias sociales debe superar la identificación monótona y memorística de los accidentes geográficos como fin último de su conocimiento.

El concepto del territorio debe abordar las múltiples relaciones que en este se generan, es decir, todo aquello que implique las interrelaciones antrópicas, bióticas y abióticas, analizándolas desde el ámbito

El conflicto, sus causas y sus desarrollos, deben ser comprendidos en un sentido histórico, es decir, no como algo dado o contingente, sino, como un fenómeno que responde a múltiples causas y en el cual han participado diferentes actores, tanto a nivel nacional como internacional.

social, político, económico, ambiental y cultural, en su devenir histórico. Así las cosas, los ciudadanos en formación podrán asumir el territorio no como algo dado sino como algo que se construye constantemente y donde la configuración de nuestro entorno no depende solo de la voluntad unidireccional de los intereses humanos, sino de las interacciones constantes de quienes lo habitamos (seres vivos).

Desde esta perspectiva las ciencias sociales en el posconflicto, deben asumir el territorio como un espacio multideterminado y democrático en el que todos participamos y frente al cual compartimos derechos y deberes irrenunciables.

4. Educación para la vida

El objetivo de las ciencias sociales es la vida en todas sus manifestaciones. La vida entendida en un sentido amplio y no encasillada única y exclusivamente a la vida humana. Las nociones de ciudadano y de territorio relacionan al ser humano con los demás elementos de su entorno y esta relación debe ser horizontal y recíproca.

Siguiendo a Wallerstein,⁵ proponemos un “reencantamiento del

mundo”, opuesto al antropomorfismo de la modernidad que tuvo su mayor período de exaltación durante el siglo XX y que dio paso a sistemas colonialistas, a dos guerras mundiales, a cientos de conflictos armados en diferentes partes del mundo, al deterioro desenfrenado del medio ambiente, en el cual se incluyen la contaminación de las fuentes hídricas, la irracional extracción de los recursos naturales, la contaminación de la atmósfera que produce el cambio climático, etc.; “reencantamiento” en el que la visión de mundo debe ser resignificado en la conciencia de que los recursos no nos pertenecen solo a nosotros, que el mundo es compartido y que debemos aprender a convivir en él con los otros seres vivos.

En una sociedad que ha vivido durante décadas en un conflicto armado, es necesario que su proyecto educativo y especialmente el área de ciencias sociales formen para la vida, entendiéndola en un sentido amplio y dándole un valor supremo que trascienda los intereses económicos que se anteponen a las diferentes manifestaciones de los seres vivos.

5 Wallerstein criticando el concepto de Weber sobre el “desencantamiento del mundo” propio de la modernidad plantea “*El llamado al reencantamiento del mundo es diferente: no es un llamado a la mistificación. Es un llamado a derribar las barreras artificiales entre los seres humanos y la naturaleza, a reconocer que ambas forman parte de un universo único enmarcado por la flecha del tiempo. El reencantamiento del mundo se propone liberar aún más el pensamiento humano*”. Ver: WALLERSTEIN, Emmanuel. *Abrir las ciencias sociales*. Reporte de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. México: Siglo XXI, 1996. p. 81.